

NI EL TIRO FINAL

“Aparte de eso todo estaba callado en la casa. De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico. La puerta de roble, creo haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en voz más alta o Irene cantaba canciones de cuna. En una cocina hay demasiados ruidos de loza y vidrios para que otros sonidos irrumpían en ella. Muy pocas veces permitíamos allí el silencio, pero cuando tornábamos a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía callada y a media luz, hasta pisábamos despacio para no molestarnos”.

Julio Cortazar - Casa tomada

La casa es fastuosa. Inmensa. Cuatro habitaciones. Dos baños en la planta baja y un tercer baño en la planta alta, donde estaba el estudio de arquitectura de su padre. Hoy es un espacio sin uso. Un espacio muerto. La biblioteca desbordada de libros, luego de la muerte de su padre cree que no volvió a comprar un libro más. Álvaro vive allí desde que nació. Fue único hijo y con la muerte de su mamá quedó la casa completamente para él, hasta que posteriormente Romina y Horacio se mudaron a ese lugar. Le darían más luz, más vida a un espacio muy grande, con detalles de buen gusto, que estaba en profunda soledad.

Pero la trama en la casa comienza cuando Álvaro fue hasta el armario que tenía en una habitación del fondo que usaba como depósito. Allí en uno de los cajones, tiene guardado el revólver calibre 32. Es una habitación que no se usa desde hace unos diez años, allí durmió Horacio, su hijo del corazón, hasta el día de su muerte. Ahora, un lugar que está oscuro, con un fuerte olor a encierro y humedad.

Romina, su pareja y madre del niño, luego de la tragedia lo abandonó, acusándolo de no haberlo cuidado y de alguna manera de haber matado al niño. Luego del funeral, y durante los dos meses más que siguieron juntos, ella, entre lágrimas y llantos, le recriminó la poca atención que este le había dado al pequeño. Él, intentó en vano, explicarle que había sido un accidente. El portón quedó abierto por error, y el chiquito salió corriendo a buscar la pelota que había caído en la calle, mientras jugaba en el patio. Y como era sabido, los vehículos en esa cuadra pasan a alta velocidad.

Con el revólver en la mano, regresa a la que es su habitación. Poca luz entra en las ventanas, lo mismo que en el resto de la casa. Todo oscuro. En el mismo recorrido, se ve que en una época hubo plantas que adornaban los distintos ambientes, ahora solo macetas con tierra seca. Los muebles reposan llenos de polvillo de antaño. En la biblioteca de la planta baja, que está dividiendo el pasillo de la cocina, los libros están

desordenados y también llenos de tierra, como si hiciera mucho tiempo que nadie los toca ni para ordenarlos y mucho menos leerlos.

Álvaro ya tiene la decisión tomada. Son las siete de la tarde, es un día de primavera, pronto llegará la noche, es en ese momento donde los recuerdos lo fustigan hasta que puede dormirse ya entrada la madrugada. Ya lleva varios años así y cada día es una enorme lucha contra sí mismo. Contra ese dolor crónico que se le metió al alma. Como si cada hueso, cada músculo estuviera atravesado por miles de alfileres. Es un dolor insoportable, producto de su melancolía. De extrañar a esa mujer. De extrañar a ese niño. Ambos eran su felicidad. Ahora carga con esa sensación de condena, de culpa. Lo peor es que nunca se acostumbró a tomar ninguna bebida alcohólica, atraviesa los momentos más duros de recuerdos, lúcido.

Se sienta en el sillón de la habitación. Tiene el televisor encendido y lo apaga. Desconecta el teléfono. Apaga su celular. Con el control remoto le da volumen al equipo de música. La música que escucha es la de la radio que azarosamente transcurre por distintas melodías. En ese mismo momento en la radio dan un especial de rock de los años ochenta, música con la que se siente identificado, o al menos le gustó años atrás.

Tiene los ojos llorosos, inflamados. Una sensación de desesperación le atraviesa el cuerpo. Le tiemblan las manos. Tiene el revólver en sus manos, y le tiemblan. Piensa que no será capaz. Si hubiera sido capaz, ya lo hubiera hecho. Nunca estuvo tan convencido como hoy, pero tiene miedo. La cobardía de ese acto lo limita. Insiste con el arma en la mano. Prueba el percutor sin balas, funciona bien. Percute y el estruendo que busca el final de su vida está muy cerca. Carga el arma. Son seis balas. Las tiene desde que compró el revólver hace diez años atrás. Nunca las usó. Nunca supo por qué compró un arma. Seguramente con la excusa de cuidar a su familia ante un posible robo. A su familia, no la cuidó, por el contrario, siente la máxima de las culpas por lo sucedido.

Está usando la remera que más le gustaba a Romina. Es una remera que nunca más volvió a usar después que ella se fue, hasta hoy. Tiene puesto también un jean negro y zapatillas blancas. Camina hasta el espejo que está en el extremo de la habitación, se mira y pone su revólver en la garganta, luego lo lleva a la sien. Se siente desesperado nuevamente y una rara furia que lo pone muy nervioso. Nunca imaginó que el cuerpo de un presunto suicida se comportara de esta manera. Pensó que debiera ser más fácil. Con tanto dolor que tiene, afirma esa situación debiera ser más fácil. Pero lo cierto es que no lo es. El espejo le devuelve una imagen opaca, la falta de luz ayuda a que no se vean bien los detalles de su rostro. El brillo de los ojos reflejados sí son intensos.

Vuelve al sillón. Espera. Pero tiene la sensación de que espera una orden desde algún lugar. Algún pensamiento que le indique cuál es el momento. Pero sus pensamientos están revoltosos. Muy revoltosos.

Sus pensamientos están atravesados por recuerdos. Recuerdos de los viejos años de su amor. Recuerdos de algunos de sus viajes. Recuerdos de su infancia. Recuerdos de cuando llegaba del trabajo, y Romina y Horacio lo abrazaban en el umbral. Recuerdos de cuando conoció a Romina de pura casualidad en la farmacia. Estaba en la misma fila, ella con Horacio que era muy bebé en brazos, cuando escuchó al farmacéutico tratarla muy mal, y saltó hecho una furia desde atrás a responderle, exigiéndole más respeto no solo por ella, sino por el niño que tenía en brazos. Semejante quilombo, no solo le pidió disculpas, sino que además pidió hablar con los dueños del lugar, para quejarse de la situación. Ella en ese momento le agradeció. Además Álvaro que estaba con su auto se ofreció a llevarla hasta la casa, ella estaba un poco nerviosa. Después de eso, se animó a llamarla por teléfono para invitarla a cenar. La primera vez ella no aceptó porque no tenía donde dejar a Horacio. Acordaron una próxima salida. Luego de esa noche, la empezó a ver casi todos los días. O bien pasaba por la casa de Romina o la invitaba a cenar por ahí. Al poco tiempo, Álvaro le dijo lo que sentía por ella. Si bien ella, lo aceptó, le pidió que fueran despacio, su relación con el padre del bebé aún estaba muy presente, aunque hubiesen terminado muy mal, al punto en que ni siquiera había llegado a conocer al niño.

Ambos tenían mucho dolor en el alma. Dolores de abandono. Dolores que causa la soledad. Dolores que el tiempo no cura. Dolores que fabrican recuerdos, y que después hay que romper a martillazos. A partir de ahí se animaron poco a poco a vivir en compañía. Aprendieron a amarse y acompañarse mutuamente en sus soledades. Él de a poco también fue responsabilizándose y ella dejándolo actuar como un padre para Horacio. A menos de un año ya estaban viviendo juntos, en la casa de Álvaro.

Álvaro sentado en el sillón, mira por última vez el entorno, cada rincón de la habitación. Los pocos haces de luces se despliegan por todos los espacios. Cierra los ojos nuevamente. El dolor sigue siendo inmenso. La decisión cada vez está más cerca. Se pone el caño del revólver en la garganta. Cierra nuevamente los ojos. Le tiritita la mano. Le tiritita el cuerpo entero. Toma bocanadas de aire, sintiendo una asfixia momentánea. Primer intento frustrado. No se anima a apretar el gatillo. Vuelve a respirar profundo, se para y camina hasta el extremo de la habitación.

Nuevamente vuelve al sillón. Se sienta. Cierra los ojos, esta vez lleva el caño del revólver a la sien. Sus manos vuelven a tiritar. Los vellos de los brazos están erizados. Siente un extraño miedo. Sus pensamientos están en plena ebullición, desordenadamente no puede dejar de sentir el instante preciso en que saldrá el

disparo. Con los ojos cerrados, cree que es el momento. Es el momento. Aprieta el gatillo, el percutor hace el profundo sonido del dolor, pero la bala no sale. No sale. Nuevamente con el temblor de sus manos vuelve a gatillar y se siente la explosión del percutor pero no sale ninguna bala. Cuando abre los ojos, la habitación está completamente iluminada. Una luz como si fuera de día se refleja en el espejo y se dispersa desordenadamente en toda la habitación.

Álvaro siente una inmensa confusión. No sabe si es la muerte o la vida. Deja el revólver en el sillón, se acaricia la cabeza, llora desconsoladamente. La luz es inmensa en la habitación. Sus ojos no son más que un mar de lágrimas y su garganta una usina de quejidos y suspiros. Siente la respiración cada vez más acelerada. Cada vez más. Se queda perplejo sentado allí mismo, mirando la inmensidad de la luz que recorre cada rincón de la habitación. Se refriega los ojos y la luz empieza a desaparecer, como si el milagro de la vida hubiera tenido resultado. Nuevamente mira en el mueble y, como siempre, ve la foto de Horacio con Romina, cuando el niño comenzó el jardín de infantes.

Agarra el revólver, lo lleva adonde estaba guardado. Pero antes abre todas las ventanas para que ingrese la última luz del día en la casa, antes de que el sol se vaya por hoy. Aún así, no puede evitar el recuerdo, del estruendo del balazo que se pegó en la sien su padre, cuando él tenía la edad que tendría en la actualidad Horacio.